

Yalta desde las calles de Budapest

EDIT ANTAL FODROCZY

Resumen

Hungría es uno de los países que perdió la Segunda Guerra Mundial y que fue ocupado por el Ejército Rojo, por lo que se puede interpretar que el país en 1945 no solamente perdió la guerra, sino también la posibilidad de ejercer su libertad, ello en buena parte fue decidido por los acuerdos de Yalta y el de Potsdam entre las potencias ganadoras de la guerra. Sin embargo, existe una serie de razones internas en el país que condicionaron este hecho y que ayudan a entender por qué Hungría pasó a formar parte del bloque soviético. En este trabajo se analizan la reforma agraria, los juicios populares, las elecciones, la situación de los partidos políticos, el estatus del ejército soviético ocupante y su relación con la población durante el año de 1945, momento en el cual la vinculación e incluso la identificación entre ser colaboracionista y enemigo de clase que establecía la ideología comunista tuvo un peso poderoso.

Abstract

Hungary is one of the countries that lost the Second World War and was occupied by the Red Army. According to the author's interpretation, in 1945 the country not only lost the war, but also the possibility of exercising its freedom. This was, to a great extent, the outcome of the Yalta and Potsdam Agreements between the great powers that had won the war. However, there is a whole series of domestic reasons that contributed to it and help to explain why Hungary became part of the Soviet Bloc. This paper analyzes the agrarian reform, the people's courts, the elections, the position of the political parties and the status of the Soviet occupation forces and their relationship with the population in 1945. At that time, the connection and even the identification between being a collaborationist and being a class enemy, according to the tenets of communist ideology had an enormous weight.

Los acontecimientos entre el 8 de mayo y el 15 de agosto de 1945 en Hungría se realizaron en un clima tenso y de gran confusión; sin embargo, su estudio es importante puesto que ayuda a explicar el destino que tuvo el país durante los siguientes 44 años bajo el dominio soviético.

Para los húngaros de hoy, el año de 1945 representa una doble derrota; por un lado, perder la guerra, y por el otro, perder la posibi-

lidad de contar con la libertad para definir su futuro. No era ésta la opinión oficial del régimen comunista durante casi medio siglo, pues conforme a la ideología comunista revolucionaria se trataba de una derrota y de una victoria. Conforme a la interpretación comunista las fuerzas reaccionarias perdieron la guerra, mientras que el Ejército Rojo no sólo liberó al país del fascismo sino al poner el poder en manos del proletariado había liberado a toda la sociedad húngara. Esta interpretación se ha venido abajo con el cambio del sistema en 1989, año en que la sociedad húngara mostró un consenso total a favor de abandonar el bloque soviético y la fórmula comunista del sistema político y social.

Antes de comentar sobre los tres meses que transcurrieron entre mayo y agosto de 1945, es importante aclarar algunos puntos sobre la historia de Hungría, así como explicar las circunstancias por las cuales el país había entrado a la Segunda Guerra Mundial. Siendo un país chico y poco conocido en el contexto mundial, no resulta de más puntualizar que Hungría a la vez que ha estado, a lo largo de su historia, en relación de dependencia con los imperios o las potencias grandes en turno en la región, constituía un poder dominante para una serie de pueblos vecinos y minorías étnicas que vivían en su territorio nacional. Esta peculiaridad tiene mucha importancia porque debido a ello la historia húngara está cargada al mismo tiempo de complejos de inferioridad y de superioridad, a pesar de que nunca ha sido formalmente ni colonia ni colonizador.

La participación de Hungría en la Segunda Guerra Mundial

Una de las claves para entender de qué manera se involucró Hungría en la Segunda Guerra Mundial, es saber que en el periodo de entreguerras no existía en Hungría fuerza política importante alguna que no hubiera reivindicado la revisión del acuerdo de paz negociado en Trianon al término de la primera guerra; conforme a ello el país perdió dos terceras partes de su territorio en buena parte poblado por minorías étnicas. El clima político y la opinión pública en general a finales de los treinta, por tanto, se encontraba dominado por un

nacionalismo a ultranza, nutrido por la pérdida de territorios y de poblaciones.

En estas circunstancias el acuerdo de Munich de 1938 en el que Inglaterra y Francia aceptaron que Hitler redibujara el mapa de Europa Central, condujo a la llamada *Primera Decisión de Viena*, según la cual Hungría recuperaría un territorio perdido de Checoslovaquia, hecho que para el gobierno de entonces era de gran importancia.

Al año siguiente, en enero de 1939, Hungría se adhiere al pacto *anticomintern*, es decir, antisoviético, entre Alemania, Japón e Italia y rompe relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En agosto de 1939 en Moscú se firma el acuerdo soviético-alemán de no agresión entre Molotov y Ribbentrop, mediante el cual los nazis y los comunistas reparten el Este y el Centro de Europa. Un par de días más adelante cuando primero Hitler y después Stalin atacan a Polonia, empieza la Segunda Guerra Mundial.

En 1940, conforme a la *Segunda Decisión de Viena*, Hungría recupera una parte de Transilvania de Rumania. No obstante a que las anexiones de acuerdo con las dos decisiones de Viena sirvieran al gobierno húngaro de derecha —nacionalista y chauvinista— a mantenerse en el poder, el precio que se tenía que pagar por ello era ceder cada vez más ante las crecientes presiones de Hitler. El 20 de noviembre de 1940 Hungría se adhiere al pacto tripartita fascista, y con ello pierde, incluso formalmente, su neutralidad. Sin embargo, sólo un mes más tarde, en diciembre, firma un acuerdo de amistad eterna con Yugoslavia, bajo la intención de conservar un espacio de libre movimiento para el gobierno húngaro. A pesar de ello, presionada por Hitler, Hungría apoya, en abril de 1941, la ofensiva alemana contra Yugoslavia a cambio de la promesa de recuperar territorios de este país. La aparente falta de definición que se refleja en la actitud del gobierno, en realidad encubre la existencia de tendencias contradictorias en su seno; que incluso provoca el suicidio del primer ministro húngaro de entonces, Pál Teleki, ante la evidencia de haber perdido el último recurso de resistencia o maniobra frente a la Alemania nazi.

Tras el ataque de Hitler contra la Unión Soviética, en junio de 1941, Hungría declara la guerra contra la URSS. Para finales de este mismo año se consuma una ruptura total con las potencias de Occidente.

Tras el giro de Stalingrado, a partir de 1943 el gobierno húngaro, bajo la presión de las fuerzas opositoras, intentó salir de la guerra, pero no fue posible. Para marzo de 1944 el avance antifascista hizo que Hitler ocupara Hungría, pues temía que si este país salía de la guerra el frente en los Balcanes se iba a derrumbar fácilmente. A pesar de la ocupación alemana, debido a que Hitler conservaba la independencia formal de Hungría, los poderes antifascistas seguían considerando a Hungría, en lugar de un país ocupado, un aliado de Alemania. De allí en adelante, los alemanes con la ayuda de los *nyilas*, partido fascista húngaro, empezaron a resolver sistemáticamente la llamada *cuestión judía* en Hungría, que creó una situación extremadamente dramática pues en el país existía una población judía muy extendida; en 1941, año del último censo, vivían 850 mil judíos.

Fue sólo hasta mediados de 1944 cuando se formó el primer grupo antifascista, el Frente Húngaro, con participación de seis partidos, entre ellos el comunista. El gobierno húngaro, en esas fechas, comenzó a negociar con los aliados occidentales, pero desde agosto ya se podía apreciar con toda claridad que el armisticio no sería posible sin llegarse a un acuerdo con la Unión Soviética.

Desde los primeros días de octubre de 1944 empezó la entrada de las tropas rusas al territorio húngaro, y el armisticio se firmó el 11 de octubre. Las condiciones eran retirar las fronteras a las fronteras de 1937, formar una comisión bajo presidencia soviética para ejecutar y controlar la medida y declarar la guerra a Alemania. En ese mismo día Churchill y Stalin, mejor dicho sus representantes en asuntos exteriores —Eden y Molotov—, llegaron al famoso *acuerdo porcentual*, según el cual el 80 por ciento del territorio de Hungría quedaría bajo influencia soviética.

El 15 de octubre se produce el golpe de Szálasi, líder de los fascistas húngaros, bajo presión alemana. En ese momento ya se encontraban en el país cientos de miles de alemanes que estaban preparando a los fascistas húngaros para tomar el poder.

La resistencia húngara, en clandestinidad, fue arrestada, desde noviembre de 1944. A finales del mismo año comenzó la batalla de Budapest: en febrero el Ejército Rojo había ocupado la capital y en abril todo el territorio nacional. Con ello terminó la guerra para Hungría.

En un resumen demasiado apresurado, las pérdidas de la guerra de Hungría fueron: un país durante siete meses al frente de batalla;

hasta ahora no se conoce con exactitud el número de las víctimas —oficialmente fueron entre 500 y 900 mil personas,¹ entre ellos 319 mil judíos, mientras que otras fuentes calculan que sólo entre la población judía murieron cerca de 600 mil—;² 900 mil prisioneros de guerra (600 mil en la URSS, de los que una tercera parte nunca regresó, y más de 100 mil que nunca regresaron de occidente); se perdió el 40 por ciento de la riqueza nacional; el 40 por ciento de las vías de ferrocarriles y el 50 por ciento del ganado. Además de ello, el país tenía que mantener 800 mil soldados rusos y pagar las reparaciones de guerra establecidas en 300 mil dólares durante seis años: a la URSS 200 mil, a Yugoslavia 70 mil y a Checoslovaquia 30 mil.

Los tiempos de la coalición: noviembre de 1944 a noviembre de 1945

Al terminar la guerra había una gran confusión en la región y el único hecho contundente y seguro era la dominación militar y política soviética. La gente esperaba con ansia el fin de la guerra y de la agitación fascista, pero al mismo tiempo tenía miedo del ejército ruso. Inmensa cantidad de personas estuvieron fuera de sus lugares, la gente se trasladaba por todas las carreteras, los prisioneros empezaban a regresar contando los horrores de su experiencia en todas partes, refugiados y desplazados llegaban a los pueblos en espera de realizar los intercambios obligatorios de población. La población de Budapest disminuía en una tercera parte en comparación con la que tenía en 1941. Carteles de propaganda política tapizaban las paredes anunciando: “Habrá renacimiento húngaro”, “La tierra es de quien la cultiva”, afirmaban los comunistas; “Dios, patria y propiedad privada”, decían los pequeños propietarios.³ Por medio de la agitación se intentó volver revolucionario un ambiente que en realidad era lo más antirrevolucionario posible. La gente se ocupaba en

¹ Este dato se cita del libro de texto para preparatoria publicado en Hungría en 1993. *Magyarország Története 1938-1990*, Budapest página 23. Según otras fuentes, como *The European*, el número de militares muertos fue de 147 mil y de civiles 280 mil.

² *Encyclopedia of the Holocaust*, McMillan Publishing House, 1990, vol. II, página 702, proporciona el dato de 564 500 judíos húngaros.

³ Iván Berend T., “A felszabadulás után”, en la revista *Historia*, Budapest, enero de 1985, pp. 24-25.

todas partes en formar organizaciones locales para enterrar los muertos, limpiar los escombros y resolver la alimentación de los habitantes. Muchos ofrecían todos sus bienes guardados para ser cambiados por víveres.

El 2 de diciembre de 1944 se formó el Frente Nacional Húngaro con cinco partidos, llamados *no colaboracionistas*, en tres de éstos ya participaban comunistas provenientes tanto del grupo *moscovita* como de los *ilegales*. Estos eran: el partido campesino, el socialdemócrata, el de los pequeños propietarios —el más fuerte de todos—, el partido demócrata y el comunista.

El Frente adoptó, con unos pocos cambios, el programa de acción del partido comunista en cuyo plan de acción ya se reflejaba una fuerte presión soviética. Su premisa era que Hungría perdió la guerra por haber sido el último aliado de Hitler. Esta idea permaneció en Hungría a lo largo de todo el periodo comunista, significando una fuerte carga de conciencia por calificar al pueblo húngaro no solamente como culpable, sino como uno de los peores del mundo.

Conforme a lo acordado en Yalta, los aliados tenían que asegurar y crear las condiciones de celebrar elecciones libres en todas las zonas ocupadas. En este sentido y según la táctica que empleó Stalin, en un inicio los rasgos totalitarios del sistema a introducir no fueron muy evidentes o, mejor dicho, tan abiertamente revelados, pues aparentemente se pretendía llevar a cabo un proceso de convencimiento.

Hungría presenta la originalidad de que en un país de escaso arraigo comunista —el PC clandestino apenas alcanzaba a 30 mil miembros en 1938—, los soviéticos dejaron desarrollar una experiencia de democracia limitada, de corta duración por cierto, pero que, después de fracasar a expensas propias, fue bruscamente interrumpida⁴

El Frente designó un gobierno provisional en diciembre de 1944 compuesto tanto por gente del antiguo gobierno de Horthy, el llamado rey sin corona, como por representantes de los sindicatos y los partidos del Frente. Este gobierno, en virtud del tratado de armis-

⁴ Henry Bogdan, *Historia de los países del Este*, Buenos Aires, Ed. Vergara, 1991, p. 277.

ticio, estaba bajo control de la Comisión Aliada de Control (CAC), presidida por el mariscal soviético Voroshilov. En la Asamblea Nacional de los 230 miembros, 90 eran del Partido Comunista, una proporción tan elevada que de ninguna manera reflejaba la realidad social o política del país. El presidente del gobierno provisional era Miklós Béla, un general que en 1944 se cambió con 20 mil soldados del lado alemán al soviético. Contaba con tres miembros más que representaban el ala antialemana del gobierno anterior, tres comunistas, dos del partido de los pequeños propietarios y dos socialdemócratas.

Este gobierno, en nombre del pueblo húngaro, organizó tribunales —los llamados *juzgados populares*— para procesar lo antes posible a los criminales de guerra y del pueblo, en cuya composición se reflejaban fuertemente los intereses de los partidos. Entre 1945 y 1950 fueron tratados 59 429 casos y en 26 997 de ellos se encontró culpabilidad, 477 eran de pena de muerte.⁵ Fueron ejecutadas 189 personas, entre ellas tres primeros ministros, el golpista Szálasi y mucha gente común que actuaba bajo órdenes. El ministro de Justicia del primer gobierno provisional, István Reis, en 1945 reconocía que “Estos juicios deben llevarse a cabo sin piedad, a pesar de que sentimos que los ejecutores de los crímenes no pueden esperar justicia, sólo venganza”.⁶ Conforme a la ley de mayo de 1945 se consideraban criminales de guerra todos aquellos que participaron en extender la guerra para Hungría; obstaculizaron el armisticio; eran funcionarios del régimen de Szálasi; fomentaron la violencia en las zonas ocupadas; estaban a favor de continuar la guerra; apoyaban a las fuerzas armadas e ingresaron al ejército alemán; eran espías o miembros de Volksbund, organización nazi que operaba en Hungría. Además, aquellos que con trabajo intelectual fortalecieron el régimen, legislaron o ejecutaron reglamentos contra el pueblo, amenazaron las libertades individuales, eran miembros de partidos fascistas y amenazaron la paz al terminar la guerra o fomentaron el racismo. Los cargos mencionados, tomando en cuenta las condiciones en las que actuaba la gente durante la guerra, han hecho que se lleven a cabo verdaderos juicios políticos bajo impulsos de terror y de venganza.

⁵ *Victims and perpetrators*, Budapest, Ed. Cultural Exchange Foundation, 1995, pp. 29-32.

⁶ *Ibid.*, p. 29.

En un principio los considerados como culpables —los primeros de ellos eran gente común— fueron ejecutados en plazas públicas ante la presencia de nutridas masas llenas de odio. La primera ejecución pública de dos soldados comunes, en un poste de luz, tuvo lugar el 3 de febrero de 1945 cuando todavía no terminaba la batalla de Budapest, en una céntrica plaza de la capital llamada el Octogon.

Un análisis comparativo a nivel internacional formula muchas interrogantes sobre los juicios populares en Hungría que se caracterizaban por producirse bajo una pasión revolucionaria, por llevarse a cabo demasiado pronto, todavía antes de terminar la guerra, y cuyo número de condenados supera por mucho al promedio de los países vecinos. Además, es muy cuestionable entre las circunstancias dadas llamar a juicio a las personas que no ocupaban cargo público alguno.

La CAC, instalada en enero de 1945, que era una autoridad ocupante, de hecho una autoridad soviética y que contaba con un poder ilimitado hasta 1947, en realidad fue el máximo órgano de decisión en materia de política y de economía. Entre sus funciones estaban autorizar o en su caso prohibir los partidos y las asociaciones, controlar la justicia, detener personas y censurar la prensa y los medios.

Una de las decisiones más efectivas del gobierno provisional era la referente a la reforma agraria. Sobre la necesidad de ésta había total consenso entre los partidos, pero no acerca del cómo, el cuándo y tampoco acerca de la extensión de tierra a repartir. En este asunto también decidió la CAC presidida por Voroshilov. Un decreto emitido el 17 de marzo de 1945 expresaba la posición de los soviéticos a los que les urgía el reparto de tierras para obtener un capital político de la reforma agraria en un país de estructura rural fuerte. De acuerdo a la ley, se distribuía el 35 por ciento de la tierra, con ello recibieron tierra 650 mil campesinos, de manera que contando a los familiares un total de 3 millones de personas habían sido beneficiadas. Con esta medida se liquidó la aristocracia latifundista del país, y fueron expropiados los colaboracionistas y la Iglesia. Desde el punto de vista social, la reforma iba en buena dirección, pero técnicamente provocó una grave descapitalización del campo y una drástica caída en la producción.

Para legalizar su acción, el gobierno provisional quería celebrar elecciones lo más pronto posible. La ley electoral establecida excluía

a los colaboracionistas (considerados como criminales de guerra) y a los fascistas y limitaba el derecho al voto exclusivamente a los partidos del Frente, de manera que sólo pudo votar el 60 por ciento de la población. En octubre de 1945, en la capital Budapest, el partido de los pequeños propietarios (PP) obtuvo la mayoría absoluta. Esta tendencia se confirmó más adelante en las elecciones generales.

Resultado de las elecciones generales del 4 de noviembre de 1945⁷

<i>Partido</i>	<i>votos (en %)</i>	<i>cargos</i>
Pequeños Propietarios	57	245
Socialdemócratas	17.41	69
Comunistas	16.95	70
Partido Campesino	6.87	23

A pesar de las condiciones adversas, las elecciones demostraron una fuerte tendencia en contra de los comunistas y a favor de una democracia basada en valores liberales y cristianos. La mayoría de votos depositados a favor del Partido de los Pequeños Propietarios tiene que ser entendida como una manifestación por el partido que se ubicaba en el centro político, mucho más cercano a la derecha que a la izquierda. El partido comunista sólo obtuvo el 17 por ciento. Los resultados además correspondían al llamado público de la Iglesia Católica, escrita por el cardenal Mindszenty, que al sostener que en la vida pública nacional se observaban fenómenos contrarios a la democracia hizo una invitación a los húngaros en el sentido de abstenerse a votar por tendencia alguna que pretendiera gobernar sin leyes y optara por la violencia para resolver los problemas.

A pesar del resultado electoral a favor del Partido de los Pequeños Propietarios, se formó un gobierno de coalición, en el que incluso

⁷ *Magyarország története, op. cit.*, p. 56.

el ministro del interior era un comunista, nombrado bajo la presión de la CAC de Voroshilov. Los resultados de las urnas fueron alterados en muchos sentidos: debido a la presión de la CAC, la debilidad de todos los partidos excepto el comunista, y a la infiltración de los comunistas en los demás partidos.

En todos los acontecimientos que tuvieron lugar en 1945, como la reforma agraria, los juicios populares o las elecciones, era evidente la presencia de una agitación de carácter clasista, propia de la ideología comunista. El éxito de esta propaganda, más allá de su carácter agresivo, se debía a que se aprovechó del hecho de generar una confusión entre dos tipos de personas: los llamados *colaboracionistas*, que durante la guerra desarrollaron actividades con los fascistas, y los llamados *reaccionarios*, que en el vocabulario comunista significaba sólo la pertenencia a cierta clase social. En los juicios populares, por ejemplo, se observaba una lógica abiertamente antiburgués para construir el argumento y para fabricar así criminales de guerra. Mientras que durante la reforma agraria, a la hora de tener que justificar la liquidación de los grandes terratenientes, los argumentos, para ser calificado como culpable en la guerra contaban con un peso especial. Lo maniqueo del método de los comunistas consistía en crear una confusión, e incluso cuando era posible una identificación, entre la carga moral de ser un criminal de guerra, y la responsabilidad que pesaba sobre la clase pudiente relativa a la pobreza existente en ese momento en el país.

Causas y explicaciones

La democracia húngara está en crisis. Está en crisis porque vive en el miedo. Los temores se nutren de dos lados: de la dictadura proletaria y de las fuerzas de reacción. Los hechos en sí no justifican estos temores: en Hungría aquellos que quieren la dictadura proletaria junto con todos aquellos que quieren el regreso de las fuerzas reaccionarias, están en una franca minoría, y el exterior tampoco ve con buenos ojos ninguna de las dos opciones. Sin embargo, el miedo fatal que domina la vida política húngara tiene la peculiaridad de que incluso ante la com-

pleta ausencia de condiciones objetivas —tan sólo por la fuerza del miedo— pudiera incitar aquel peligro al que más le teme.

Así lo escribía Bibó István, uno de los politólogos húngaros más lúcidos en esos tiempos, que pronosticaba también que si el país no logra salirse de la trampa del miedo, “perderá la posibilidad de una solución de compromiso y correrá el riesgo de partirse en dos ante una alternativa estúpidamente formulada”.⁸

A su juicio, lo que realmente estaba en ese momento en crisis en Hungría eran: la relación del país con los ocupantes, es decir, con el ejército soviético; la táctica del partido comunista y su lucha contra el fascismo; la confusión que se creaba alrededor del socialismo en el sentido de existir una contradicción irresoluble entre la concepción de la democracia y la necesidad revolucionaria, y finalmente también se encontraban en crisis todos los partidos de la coalición democrática y su manera de gobernar.

El ejército soviético, que según la versión oficial acabó en tierra húngara con la locura fascista, se caracterizaba básicamente por tres cosas: no era un ejército que entraba sólo para hacer presencia, sino un ejército *en lucha*; un ejército activo en una *guerra total* y un ejército verdaderamente *popular*.⁹ Esto último significaba que era un ejército del pueblo en alza en el sentido antiguo de proceder del pueblo, como el ejército francés de 1793, es decir, un ejército compuesto por una masa de personas que vivían y sentían en persona el peligro del enemigo, la destrucción de la guerra y los horrores de la opresión. Su motivación, por tanto, no provenía de la obediencia ciudadana, sino de una experiencia más personal y más directa que se alimentaba de la autodefensa y del desquite.

La población húngara con la que se había encontrado el ejército soviético —un verdadero ejército del pueblo en una guerra total— desde hace un siglo no había visto ejército en batalla, desde hace tres siglos no había experimentado guerra total y desde hace 500 años no había tenido ejército popular. Para la inmensa mayoría de los húngaros no era nada evidente de que los iba a liberar el ejército soviético calificado como liberador.

⁸ István Bibó, *Demokrátikus Magyarország*, Budapest, Ed. Magveto, 1994, p. 27.

⁹ *Ibid.*, pp. 28-34.

El hecho de que antes de que llegara el ejército soviético a Hungría, ya existían dos tipos de expectativas completamente contrarias, ambas nutridas por una fuerte propaganda —por un lado, la infamia y, por el otro, el deseo— tenía su peso psicológico. La primera consistía en la creencia de que el ejército ruso se componía por una masa amorfa de personas que por su educación y visión sobre el mundo estaba lejos de Dios y de cualquier valor moral. Para muchos húngaros estas personas representaban un poder imperialista en expansión que subyugaba a todos los pueblos que alcanzaba. Mientras que conforme a la segunda expectativa, a la de deseo, el ejército soviético era la fuerza armada del proletariado internacional que llegó a Hungría para liberar a sus trabajadores conscientes y desde siempre oprimidos. En pocas palabras, los húngaros en lugar de ver en el ejército soviético a personas de sangre y hueso estaban viendo diablos o ángeles que encarnaban simples esquemas ideológicos.

Por encima de los prejuicios ya mencionados, el ejército soviético en Hungría significaba sobre todo la presencia de un ejército ajeno. Había a quienes horrorizaba, había quienes lo esperaban, había quienes lo aceptaban y también a los que desilusionaba. Sin embargo, en medio de la confusión una cosa era cierta, no cumplió una esperanza que en realidad esperaban tanto sus simpatizantes como sus adversarios: no se comportaba como un ejército destinado a promover su visión sobre el mundo. No entró al país como si lo hubiera considerado suyo, a un país que pretendía convencer de sus razones. Al contrario, entró como todos los ejércitos que ocupan un país vecino: subordinando cruelmente los intereses de la población a las necesidades de la guerra. Como consecuencia de ello, para la población local el ejército ocupante se convirtió en una fuerza incalculable. La relación se dificultó aún más debido a que la población húngara desde hacía tiempo se encontraba atemorizada, puesto que estaba acostumbrada a que ante un hombre de uniforme que llevaba un catorio ni siquiera era conveniente responder, así en ocasiones a la población ocupada le faltó una dignidad humana elemental.

La crisis de la relación entre los ocupantes y la población era grave, puesto que dio origen a que la inmensa mayoría de la población asociara el asunto de la liberación con el hecho de la miseria que se produjo por haber perdido la guerra. De esta manera existía el

gran riesgo de que la gente identificara las dos cosas en su memoria histórica.

Otra de las explicaciones de la crisis era la existencia de un vacío político, que sin duda ayudó a Stalin a poder cumplir sus planes, en el sentido de realizar su concepción de *cuius regio, eius religio* (quien tiene el terreno tiene la religión). En realidad, todos los partidos no comunistas en el país —liberales, conservadores, populistas y socialdemócratas— o fueron cómplices de Hitler o se mostraron incapaces de encabezar u organizar una resistencia seria contra la Alemania nazi y las fuerzas fascistas.

A pesar de que los comunistas no ganaron las elecciones libres, consiguieron apoyo por ser los únicos quienes presentaron un proyecto modernizador. La debilidad de los demás partidos correspondía a la falta de fuerza moral ante los que ganaron la guerra. Estos partidos estaban en una situación difícil; por un lado, no contaban con el prestigio político y moral suficiente, y por el otro, entre ellos mismos se encontraban muy divididos y aislados. Los actores no comunistas de la vida política del país en ese momento creían todavía en la ilusión de que occidente no iba a permitir que se instalara un sistema de tipo soviético en la región, y de que las democracias de occidente iban a estar dispuestas y ser capaces de intervenir en Europa del Este para salvarlos.

La cuestión étnica

En la conferencia de Potsdam que se celebró entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945 fue aceptado el principio del castigo colectivo, que se aplicaba en primer lugar para el pueblo alemán pero también para el caso de otras minorías como, por ejemplo, el de los húngaros de Checoslovaquia. Esto hizo posible que algunos Estados se deshicieran de las etnias consideradas como “ajenas” bajo la acusación colectiva de haber colaborado con los fascistas. Hayan sido o no justas las acusaciones, lo que en el fondo significaba —al haber utilizado un criterio colectivo y no individual— era exaltar las diferencias culturales y étnicas. En estas circunstancias cerca de 20 millones de personas tuvieron que abandonar sus lugares de origen.

Estaban al orden del día las deportaciones y los llamados intercambios de la población entre los distintos países.

En Hungría en 1941 vivían alrededor de 300 mil alemanes y 477 mil germanoparlantes. Sin embargo, la Comisión insistía en deportar más de medio millón de personas. Se decretó que todos aquellos que en 1941 se declaraban como germanoparlantes, los que tenían apellidos alemanes, los que habían sido miembros de Volksbund o de otras agrupaciones militares alemanes, tenían la obligación de repatriarse en Alemania. Para ocupar el lugar de los deportados fueron trasladados *székelys* (una minoría étnica que vive principalmente en Transilvania) de Bukovina y Moldavia. Los húngaros de Checoslovaquia fueron declarados enemigos del Estado y del gobierno en su propio país que los quería deportar de inmediato. Más adelante incluso se puso en marcha un programa en Eslovaquia para reeducar a los húngaros reaccionarios, bajo condiciones parecidas a las que se llevaron a cabo en las conversiones al comunismo en la época de Mao en China.

Las acciones legales de la limpieza étnica —deportaciones, intercambios de población y programas de reeducación o de convencimiento forzado—, de acuerdo al Tratado de Potsdam, sirvieron para fomentar el sentimiento de inferioridad y vergüenza étnica en los pueblos. En este sentido constituyeron antecedentes directos de los planes de limpieza étnica que hoy en día los serbios, los croatas y los musulmanes de Bosnia llevan a cabo. El argumento de Potsdam tenía una base pragmática: evitar que se tomaran venganzas contra las poblaciones consideradas como “ajenas” en el lugar donde habitaban. Sin embargo, la lección principal que la movilización forzosa de muchos grupos étnicos dejó atrás, era que la homogeneización de la población era la única manera de garantizar la convivencia pacífica entre los pueblos. A la luz de esta experiencia, no hay que sorprenderse que en 1989 cuando el cambio del sistema comunista estaba en orden del día en Yugoslavia, la reacción casi instintiva de los pueblos esclavos del sur era volver a homogeneizar la población del país. Como esto, por razones obvias, no fue posible lograr de manera pacífica, estalló la guerra. Una guerra cuyo objetivo principal era lograr la homogeneidad étnica en cada una de las regiones.

En el caso húngaro, el estatus de ser uno de los perdedores de la guerra, acordado entre las potencias vencedoras de la Segunda Gue-

rra Mundial —que de hecho significaba entregar el país a la Unión Soviética y dejar a su libre criterio su destino—, definió el marco general que finalmente decidió el futuro de la región de Europa del Este por medio siglo. Sin embargo, un estudio más detallado sobre la situación inmediata después de la guerra ofrece valiosos elementos explicativos de lo que iba a ocurrir después de 1989. En este sentido, el giro total que se produjo en 1989 en el sistema político y social en Hungría, fue la culminación de un largo proceso en contra de la determinación en Yalta que tenía sus orígenes en lo ocurrido durante los meses analizados en este artículo.

Bibliografía

- Historia*, revista especializada en historia húngara publicada en Budapest. El material documental utilizado en el artículo proviene de los siguientes números de esta publicación: nos. 4-5 de 1982; 3 de 1993; 2 de 1980; 1 de 1994; 3 de 1995; 2 de 1980; 1 de 1985 y 2 de 1982.
- Bogdan, Henry, *Historia de los países del Este. De los orígenes a nuestros días*, Buenos Aires, Ed. Vergara, 1991.
- Fehér, Ferenc y Heller Ágnes, *Jalta után*, Budapest, Ed. Kossuth, 1990 (existe coedición en inglés).
- Bibó, István, *Demokratikus Magyarország*, Obras seleccionadas del autor, Budapest, Ed. Magvető, 1994.
- Seifert, Tibor, *Magyarország története. 1938-1990*, Libro de texto de la preparatoria en Hungría, Budapest, Ed. IKVA, 1992.
- Victims and perpetrators*, Budapest, Ed. Cultural Exchanges Foundation, 1995.